

II

¿Cómo y por qué llegué hasta allí? ~~Del mismo modo y~~ ^P por los mismos motivos ^{hablo} que he llegado a tantas partes. Es una historia larga y, lo que es peor, confusa. La culpa es mía: nunca he podido pensar ~~en algo~~ como pudiera hacerlo un metro, línea tras línea, centímetro tras centímetro, hasta llegar a ciento o a mil. ~~Y~~ ^M mi memoria no es mucho mejor: salta de un hecho a otro y a veces elige los que aparecen primero, volviendo sobre sus pasos sólo cuando los otros, más perezosos o más densos, empiezan a surgir a su vez desde el fondo de la vida pasada. Creo que, primero o después, estuve preso. Nada importante, por supuesto: asalto a una joyería, pero a una joyería que jamás pude ver y cuya existencia y situación ignoraba e ignoro aún. ~~X~~ ^Z Tuve, según parece, cómplices, a los que tampoco conocí y cuyos nombres o apodos supe tanto como ellos los míos; la única que supo algo fué la policía, aunque no con mucha seguridad. Muchos días de cárcel y muchas noches durmiendo sobre el suelo de cemento, sin una frazada; como consecuencia, pulmonía; después, tos, una tos que brotaba de alguna parte del pulmón herido. Al ser dado de alta y puesto en libertad, salvado de la muerte y de la justicia, la ropa, arrugada y machada de pintura, colgaba de mí como de un clavo. ¿Qué hacer? No era mucho lo que podía hacer; a lo sumo, morir; pero no es fácil morir. No podía pensar en trabajar -- me habría caído de la escalera -- y menos podía pensar en robar -- el pulmón herido me impedía respirar profundamente. Tampoco era fácil vivir.

En ese estado y con esas expectativas, salí a la calle.

--Está en libertad. Firme aquí. ¡Cabo de guardia!

Sol y viento, mar y cielo.

II

Tuve por esos tiempos un amigo; fué lo único que tuve durante algunos días, pero lo perdí: así como alguien pierde en una calle muy concurrida o en una playa solitaria un objeto que aprecia, así yo, en aquel puerto, perdí a mi amigo. No murió; no nos disgustamos; simplemente, se fué. Llegamos a Valparaíso con ánimos de embarcar en cualquier buque que zarpara hacia el norte, pero no pudimos, por lo menos yo no pude; cientos de individuos, policías, conductores de trenes, cónsules, capitanes o gobernadores de puerto, patrones, sobrecargos y otros tantos e iguales espantosos seres están aquí, están allá, están en todas partes, impidiendo al ser humano moverse hacia donde quiere y como quiere.

--Quisiera sacar libreta de embarque.

--¿Nacionalidad?

--Argentino.

--¿Certificado de nacimiento?

++No tengo.

--¿Lo ha perdido?

--Nunca tuve uno.

--¿Cómo entró a Chile?

--En un vagón lleno de animales.

(No era mentira. La culpa fué del conductor del tren: nuestra condición, en vez de provocarle piedad, le causó ira; no hizo caso de los ruegos que le dirigimos -- ¿en qué podía herir sus intereses el hecho de que cinco pobres diablos viajáramos colgados de los vagones del tren de carga? -- y fué inútil que uno de nosotros, después de mostrar sus destrozados zapatos, estallara en sollozos y asegurara que hacía veinte días que caminaba, que tenía los pies hecho una llaga y que de no permitirle seguir viaje en ese tren, moriría, por diosito, de frío y de hambre, en aquel desolado Valle de Uspallata. Nada. A pesar de que nuestro camarada utilizó sus mejores sollozos, no obtuvimos resultado algu-

(sigue a bis)

no. El conductor del tren, más entretenido que conmovido ante aquel hombre que lloraba, y urgido por los pitazos de la locomotora, mostró una última vez sus dientes, lanzó un silbido y desapareció en la oscuridad, seguido de su farol. El tren partió. Apenas hubo partido, el hombre de los

destrozados zapatos limpió sus lágrimas y sus mocos, hizo un corte de manga en dirección al desaparecido ~~director~~ conductor y corrió tras los vagones; allí fuimos todos: eran las dos o las tres de la madrugada, corría un viento que pelaba las orejas y estábamos a muchos kilómetros de la frontera chilena; sólo un inválido podía asustarse de las amenazas del conductor. El tren tomó pronto su marcha de costumbre y durante un rato me mantuve de pie sobre un peldaño de la escalerilla, tomado a ella con una mano y sosteniendo con la otra mi equipaje. Al cabo de ese rato comencé a darme cuenta de que no podría mantenerme así toda la noche: un invencible cansancio y un profundo sueño se apoderaban de mí y aunque sabía que dormirme o siquiera adormilarme significaba la caída en la línea y la muerte, sentí, dos o tres veces, que mis músculos, desde los de los ojos hasta los de los pies, se abandonaban al sueño. El tren ^{había desaparecido} ~~apareció~~ mientras yacíamos como piedras en el suelo, durmiendo tras una jornada de cuarenta y tantos kilómetros, andados paso a paso. Ni siquiera comimos, el cansancio no nos dejó. A tientas, dándonos de cabezazos en la oscuridad, pues dormíamos todos juntos, recogimos nuestras ropas y corrimos hacia los vagones, yo el último, feliz poseedor de una maldita maleta cuyas cerraduras tenía que abrir y cerrar cada vez que quería meter o sacar algo. Mirando hacia lo alto podía ver el cielo y el perfil de las montañas; a los costados la oscuridad y alguna que otra mancha de nieve y arriba y abajo y en todas partes el helado viento cordillerano de principios de primavera entrando en nosotros por los pantalones, las mangas, el cuello, agarrotándonos las manos, llenándonos de tierra y de carboncillo los ojos y zarandeándonos como a trapos. Debía escoger entre morir o permanecer despierto, pero no tenía conciencia para hacerlo. Los ruidos del tren parecían arrullarme y cuando por algunos segundos fijaba los ~~semicerrados~~ ojos en los rieles que brillaban allá abajo, sentía que ellos también, con su suave deslizarse, me empujaban ~~hacia~~ el sueño y la muerte. Durante un momento creí que caería en la línea y moriría: el suelo parecía llamarme; era duro, pero sobre él podría descansar. Estallé en blasfemias. "¿Qué te pasa?", preguntó el hombre de los destrozados zapatos, que colgaba de la escalerilla anterior del vagón siguiente y cuya espalda rozaba la mía cada vez que el tren perdía velocidad, chocando entre sí los topes de los vagones. No contesté; trepé la escalerilla, me encaramé sobre el techo, y desde allí, y a través de las aberturas, forcejeando con

la maleta, me deslicé al interior del vagón. Allí no iría colgando, y , sobre todo, no correría el riesgo de encontrarme de nuevo con el desalmado conductor. No calculé lo que me esperaba: al caer entre los animales no pareció que era un hombre el que caía sino un león; hubo un estremecimiento y los animales empezaron a girar en medio de un sordo ruido de pezuñas. Se me quitó el sueño, el frío, y hasta el hambre : tan pronto debí correr con ellos, aprovechando el espacio que me dejaban, como, tomado de sorpresa por un movimiento de retroceso, afirmar las espaldas en las paredes del vagón, estirar los brazos y apoyando las manos y hasta los codos en el cuarto trasero de algún buey, retenerlo, impidiendo que me apabullara. Después de unas vueltas los animales se tranquilizaron y pude respirar; la próxima curva de la línea los puso de nuevo en movimiento. El hombre de los sollozos, trasladado a la escalerilla que yo abandonara, sollozaba de nuevo, aunque ahora de risa: el piso del vagón, cubierto de bosta fresca, era como el piso de un salón de patinar, y yo , maleta en mano , aquella ~~mal~~ dita maleta que no debía soltar si no quería verla convertida en tortilla, y danzando entre los bueyes, era la imagen perfecta del alma pequeña y errante... En esa forma había entrado a Chile. ¿Para qué ^{podía necesitar} ~~hubiese necesidad~~ un certificado de nacimiento?)

III

—Señor: necesito un certificado que acredite que soy argentino.

—¡ Ajá! ¿Y quién me acredita que lo es? ¿Tiene su certificado de nacimiento?

—No, señor.

—¿Su libreta de enrolamiento?

—No, señor.

—¿Entonces ?

—Necesito ese certificado. Debo embarcar. No tengo trabajo.

—Escriba y pida sus papeles. ¿No tiene parientes en Argentina?

—Sí, pero...

—Es la única forma: usted me trae sus papeles y yo le doy el certificado que necesita. Certificado por certificado. ¿Dónde nació usted?

(Bueno, yo nací en Buenos Aires, pero eso no tenía valor alguno; lo valioso era el certificado; nunca me sirvió de nada el decirlo y las personas a quienes lo dije no demostraron en sus rostros de funcionarios, entusiasmo ni simpatía alguna; faltaba el certificado; y los peores eran mis compatriotas: además de serles indiferente que fuera natural de Buenos Aires, no lo creían, pidiéndome, para creerlo, un certificado. ¡Tipos raros! A mí no me creían, pero le habrían creído al papel, que podía ser falso, en tanto que mi nacimiento no podía ser sino verdadero. No es difícil fabricar un certificado que asegure, con timbres y estampillas, que se es turco; no es fácil, en cambio, nacer en Turquía. Y mi modo de hablar no se prestaba a equívocos: lo hiciera como lo hiciera, en voz alta o a media voz, era un argentino, más aun, un bonaerense, que no puede ser confundido con un peruano o con un cubano y ni siquiera con un provinciano, a pesar de que mi tono, por ser descendiente de personas de lengua española, era suave, sin las estridencias del descendiente de italianos. Pero todo esto no tenía valor y gracias a ello llegué a convencerme de que lo mismo habría sido nacer en las selvas del Brasil o en las montañas del Tibet, y si continuaba asegurando, ingenuamente, mi ciudadanía bonaerense, era porque me resultaba más sencillo que asegurar que había nacido en Matto Grosso o en El-Lejano-Pais-de-los-Hombres-de-Cara-Roja... Claro que esto ocurría sólo con aquella gente; con la otra, con la de mi condición, con aquellos que rara vez poseen certificados o los poseen de varias nacionalidades, sucedía lo contrario: me bastaba decir que era de Buenos Aires para que lo aceptaran como artículo de fe. Es-

tos creían en las personas; aquellos, en los papeles, y recuerdo aún la sorpresa que experimenté un día en que un hombre alto, flaco, de gran nariz aguileña, ojos grises y nuez que hacía hermoso juego con la nariz - era como una réplica - y a quien encontré mirando con extraña expresión los pececillos de la fuente de una plaza pública de la ciudad de Mendoza, me contó, luego de engullir varios racimos de uva cogidos en una viña a que yo, casi en brazos, lo llevara, que era vasco. ¡Vasco! Si aquel hombre, en vez de decir eso, hubiese sacado de sus bolsillos una cría de caimán o un polluelo de ñandú, mi sorpresa y regocijo no habrían sido más vivos. ¡Un vasco! Conocí muchos, allá, en mi lejana Buenos Aires, pero éstos, lecheros todos, de pantalones bombachos y pañuelo al cuello, desaparecieron junto con mi infancia y no tenían nada que ver con éste, encontrado por mí en una plaza pública: este vasco era mío. Después de animarle a que comiera, ahora con más calma, otro par de racimos, le pregunté todo lo que un hombre que ha salvado a otro de la muerte puede tener derecho a preguntarle, y finalmente, mientras fumábamos unos apestosos cigarrillos ofrecidos por uno de los vagabundos que conocía yo en Mendoza y que llegó hasta allí como nosotros, a dar fe de la calidad de las uvas cuyanas, le rogué me hablara algunas palabras en su lengua natal; pero aquel hombre, que sin duda se había propuesto deslumbrarme, hizo más: cantó, sí, cantó. No entendí, por supuesto, nada, ni una palabra -- dun-dun-ga-sí-bañolé --; no obstante, aunque no entendí, y aunque la canción y sus palabras podían ser, menos o más que vascas, checas o laponas, no cometí, ni por un segundo, la insolencia de sospechar que no lo eran. Para qué y por qué me iba a engañar?... Aquel vasco, junto con todos los otros vascos, desapareció en medio de los días de mi juventud. Era piloto de barco. ¿Qué hacía en Mendoza, a tantas millas del mar? Me contestó con un gesto que tanto podía significar naufragio como proceso por contrabando. No le ví más. Sin embargo, si dos días después alguien hubiera venido a decirme que aquel hombre no era vasco sino catalán y que lo que cantaba no eran gorzicos sino sardanas, ese alguien hubiera pasado, con seguridad, un mal rato.) .

IV

¿ Escribir? ¿ A quién? Menos absurdo era proponerse encontrar un camello pasando por el ojo de la aguja que un pariente mío en alguna de las ciudades del Atlántico sur, preferidas por ellos. Mis familiares eran seres nómades, no nómades esteparios, apacentadores de renos o de asnos, sino nómades urbanos, errantes de ciudad en ciudad y de república en república. Perteneían a las tribus que prefirieron los ganados a las hortalizas y el mar a las banquetas del artesanado y cuyos individuos se resisten aún, con variada fortuna, a la jornada de ocho horas, a la racionalización en el trabajo y a los reglamentos de tránsito internacional, escogiendo oficios -- sencillos unos, complicados o peligrosos otros -- que les permiten conservar su costumbre de vagar por sobre los trescientos sesenta grados de la rosa, peregrinos seres, generalmente despreciados y no pocas veces maldecidos, a quienes el mundo, envidioso de su libertad, va cerrando poco a poco los caminos... Nuestros padres, sin embargo, en tanto sus hijos crecieron, llevaron vida sedentaria, si vida sedentaria puede llamarse la de personas que durante la infancia y la adolescencia de un hijo cambian de residencia casi tantas veces como de zapatos. Habrían preferido, como los pájaros emigrantes, permanecer en un mismo lugar hasta que la pollada se valiera por sí misma, pero la estrategia económica de la familia por un lado y las instituciones jurídicas por otro, se opusieron a ello: mi padre tenía una profesión complicada y peligrosa. Ni mis hermanos ni yo supimos, durante nuestra primera infancia, qué profesión era e igual cosa le ocurrió a nuestra madre en los primeros meses de su matrimonio: mi padre aseguraba ser comerciante en tabacos, aunque en relación con ello no hiciera otra cosa que fumar, pero como poco después de casados mi madre le dijera, entre irónica y curiosa, que jamás había conocido comerciante tan singular, que nunca salía de la casa durante el día y sí casi todas las noches, regresando al amanecer, mi padre, aturullado y sonriente bajo su bigotazo color castaño, confesó que, en realidad, no era comerciante sino jugador, y en jugador permaneció, aunque no por largo tiempo: un mes o dos meses des-

pués, el presunto tahir, salido de su casa al anochecer, no llegó, en contra de su costumbre, a dormir ni tampoco llegó al día siguiente ni al subsiguiente, y ya iba mi madre a echarse a andar por las desconocidas calles de Río de Janeiro cuando apareció ante ella, y como surgido mágicamente, un ser que más que andar parecía deslizarse y que más que cruzar los umbrales de la puerta parecía pasar a su través. Por medio de unas palabras portuguesas y otras españolas, musitadas por el individuo, supo mi madre que su marido la llamaba. Sorprendida y dejándose guiar por la sombra, que se hacía más deslizante cuando pasaba cerca de un polizónte llegó ante un sombrío edificio; allí la sombra, que por su color y aspecto parecía nacida tras aquellos muros, dijo, estirando un largo dedo:

-- Pregunte usted ahí por O Gallego.

-- ¿Quién es O Gallego? -- preguntó mi madre, asombrada.

-- O seu marido -- susurró el casi imponderable individuo, asombrado también.

Y desapareció, junto con decirlo, en el claro y caliente aire de Río; era la cárcel, y allí, detrás de una reja, mi madre encontró a su marido, pero no al que conociera hasta dos días atrás, el limpio y apacible José del Real y Antequera, que así decía llamarse, sino al sucio y excitado español Aniceto Hevia, apodado El Gallego, famoso ladrón. Tomándose de la reja, cuyos barrotes abarcaban apenas sus manos, mi madre lanzó un sollozo, en tanto El Gallego, sacando por entre los barrotes sus dedos manchados de amarillo, le dijo, acariciándole las manos: "No llores, Rosalía; esto no será largo; tráeme ropa y cigarrillos." Le llevó ropa y cigarrillos, y su marido, de nuevo limpio, presentó el mismo aspecto de antes, aunque ahora detrás de una reja. Un día, sin embargo, se acabó el dinero, pero al atardecer de ese mismo día la dueña de casa, muy excitada, acudió a comunicarle que un señor coronel preguntaba por ella. "Será...", pensó mi madre, recordando al casi imponderable individuo, aunque éste jamás llegaría a parecer coronel, ni siquiera cabo; no era él; así como éste parecía estarse diluyendo, el que se presentó parecía recién hecho, recién hecho su rosado cutis, su bigote rubio, sus ojos azules, su ropa, sus zapatos. "Me llamo Nicolás", dijo, con una voz que sonaba como si fuese usada por primera vez; "paisano suyo; soy amigo de su marido y he sido alguna vez su compañero. Saldrá pronto en libertad; no se aflija", y se fué, y dejó sobre la mesa

un paquetito de billetes de Banco, limpios, sin una arruga, como él, y como él, quizás, recién hechos. Mi madre quedó deslumbrada por aquel individuo -- y aunque no volvió a verle sino detrás de una corrida de barrotes y de una fuerte rejilla de alambre, vivió deslumbrada por su recuerdo; su aparición, tan inesperada en aquel momento, su apostura, su limpieza, su suavidad, su desprendimiento, lo convirtieron, en sus ojos, en una especie de arcángel; por eso, cuando mi padre, varios años después, le comunicó que Nicolás necesitaba de su ayuda, ella, con una voz que indicaba que iría a cualquier parte, preguntó: "¿Dónde está?" El arcángel no estaba lejos: mi padre, dejando sobre la mesa el molde de cera sobre el que trabajaba, contestó, echando una bocanada de humo por entre su bigotazo ya entrecano: "En la penitenciaría. ¿Te acuerdas de aquellos billetitos que regalaba en Brasil? Veinticinco años a Ushuaia." Mi madre me llevó con ella: allí estaba Nicolás, recién hecho, ~~su~~ recién hecho su rosado cutis, su bigote rubio, sus ojos azules, su gorra y su uniforme de penado; hasta el número que lo distinguía parecía recién impreso sobre la recia mezcla. "Ablaron con animación, aunque en voz baja, mientras yo, cogido de la falda de mi madre, miraba a la gente que nos rodeaba: penados, gendarmes, mujeres que lloraban, hombres que maldecían o que permanecían silenciosos, como si sus mentes estuvieran vagando en libertad, y niños que chupaban tristes caramelos o lloraban al unísono con sus madres. Nicolás, ayudado por un largo alambre, pasó a mi madre a través de los barrotes y la rejilla, un gran billete de banco, no limpio y sin arrugas, como los de Río, sino no estrujado y flácido, como si alguien lo hubiese llevado, durante años y doblado en varias partes, oculto entre las suelas del zapato. Ni aquel billete, sin embargo, ni las diligencias de mi madre sirvieron de nada: después de dos tentativas de evasión, en una de las cuales sus compañeros debieron sacarle a tirones y semiasfixiado del interior de los cañones del alcantarillado de la penitenciaría, Nicolás fué sacado y enviado a otro penal del sur, desde donde, luego de otro intento de evasión, frustrado por el grito de dolor que lanzara al caer al suelo, de pie, desde una altura de varios metros, fué trasladado a Tierra del Fuego, en donde, finalmente, huyendo a través de los lluviosos bosques, murió, de seguro tal como había vivido siempre: recién hecho --pero, a pesar de lo asegurado por él, mi padre no

salió tan pronto en libertad: los jueces, individuos sin imaginación, necesitaron muchos días para convenxerse, aunque de seguro sólo a medias, de que Aniceto Hevia no era, como ellos legalmente opinaban, un malhechor sino que como aseguraba, también legalmente, el abogado, un bienhechor de la sociedad, puesto que era comerciante: su visita al departamento que ocupaba la Patti en el hotel se debió al deseo de mostrar a la actriz algunas joyas que deseaba venderle. ¿Joyas? Sí, señor juez, joyas. Un joyero alemán, cliente de los ladrones de Río, facilitó, tras repetido inventario, un cofre repleto de anillos, prendedores y otras baratijas. ¿Por qué eligió esa hora? ¿Y a qué hora es posible ver a las artistas de teatro? ¿Cómo entró? La puerta estaba abierta: "El señor juez sabe que la gente de teatro es desordenada; todos los artistas lo son; ni defendido, después de llamar varias veces. . . ." Mi madre, próxima a dar a luz, fué llevada por el abogado ante el tribunal y allí no sólo aseguró todo lo que el ente jurídico le indicó que asegurara sino que laboró mucho más de lo que aquel le insinuara. Días después, y a las pocas horas de haber nacido Joao, su primogénito, El Gallego volvió a su casa, aunque no sólo: un agente de policía, con orden de no abandonarle ni a sol ni a sombra y ~~de~~ de embarcarlo en el primer barco que zarpara hacia el sur o hacia el norte, le acompañaba. Otros días más y mi padre, acompañado de su mujer, que llevaba en brazos a su primer hijo, partió hacia el sur; el abogado con la cartera repleta de hermosos billetes de los que repartía Nicolás, fué a despedirle al muelle; y allí estaba también el casi imponderable individuo, mirando con un ojo a mi padre y con el otro al agente de policía.... Y así siguió la vida, de ciudad en ciudad, de república en república: nacían los hijos, crecíamos los hijos; mi padre desaparecía por cortas o largas temporadas: viajaba, se escondía o yacía en algún calabozo; reaparecía, a veces con unas hermosas barbas, siempre industrioso, trabajando sus moldes de cera, sus llaves, sus cerraduras. Cuando pienso en él me pregunto: ¿por qué? Más de una vez y a juzgar por lo que le buscaba la policía, tuvo en sus manos grandes cantidades de dinero; era sobrio, tranquilo, económico y muy serio en sus asuntos -- de no haber sido ladrón habría podido ser elegido, entre muchos, como el tipo del trabajador con que sueñan los burgueses y los marxistas.

de todo el mundo. Las cerraduras de las casas, o a veces sólo cuartos, en que vivíamos, funcionaban siempre como instrumentos de alta precisión: no rechinaban, no oponían resistencia a las llaves y casi parecían abrirse con la sola aproximación de las manos, como si entre el frío metal y los tibios dedos existiera alguna oculta atracción. Odiaba las cerraduras descompuestas o torcidas y una llave torpe o un candado difícil eran para él lo que para una concertista en guitarra puede ser un clavijero vencido; sacaba las cerraduras, las miraba con curiosidad y con ternura, como preguntándoles por qué molestaban, y luego, con una habilidad imperceptible, tocaba aquí, soltaba allá, apretaba esto, limaba lo otro, y volvía a colocarlas, graduando la presión de los tornillos; metía la llave, y la cerradura, sin un roce, sin un ruido, jugaba su barba y muletilla. Gracias a esa habilidad no tenía a quien escribir.

La habilidad de él era...
 Con una llave...
 Sí.
 No miró...
 Sí.
 Y...

momento silencioso

--¡Car!

Bata

V

Al No pude embarcar: era un hombre sin documentos y a pesar de mis piernas y de mis brazos, a pesar de mi pulmones y de mi estómago, a pesar de mi soledad y de mi hambre, parecía no existir para nadie. Me senté en la escala del muelle y miré hacia el mar: el barco giraba en ciento ochenta grados, enfilando después hacia el noroeste. Relucían al sol de la tarde los bronce y las pinturas, los blancos botes, las oscuras chime-neas. Lo recorrí con los ojos de popa a proa: en algún lugar de la cubierta, en un camarote, en la cocina o en el comedor, iba mi amigo. Incliné la cabeza, descorazonado: allí me quedaba, en aquel puerto desconocido, solo, sin dinero, sin nacionalidad comprobada, sin amigo.

Lo había conocido a la orilla de un río. Me acerqué a él desde lejos y sólo cuando llegué a su lado levantó la cabeza y me miró:

--¿Le gustan?

Sobre el pasto se movían dos pequeñas tortugas.

--¿Son tuyas?

--Mías. Vamos, camina.

Con una ramita empujó a una de ellas.

--¿Las lleva con usted?

--Sí.

Me miró de nuevo, examinándome, y se irguió: algo llamaba su atención. Quizá mi modo de hablar.

--¿Y usted?

No supe qué contestar a aquella pregunta y callé, esperando otra.

--¿De dónde viene?

Giré el cuerpo y señalé las altas montañas.

--¿De Argentina?

Moví la cabeza afirmativamente. Me miró de arriba a abajo, estuvo un

momento silencioso y luego estalló:

--¡Caráfita!

Señaló mis zapatos, que ya no tenían tacos, contrafuertes ni suelas. Al salir de Mendoza en dirección a Chile eran nuevos, sin embargo.

--¿Cómo camina?

--Con los pies.

Sonreí tristemente mi chiste.

--Siéntese -- me invitó.

Cuando lo hice y estiré las piernas, las plantas de mis pies, negras de mugre y heridas, le arrancaron otra exclamación:

--¡Cómo puede andar!

Me eché hacia atrás, tendiéndome sobre el pasto, mientras él, abandonando sus tortugas, seguía mirando mis pies. Oí que decía:

--De Argentina. . . ¿Buenos Aires?

--Mendoza.

--¿Todo a pie?

--Ochenta kilómetros en tren, escondidos, en la cordillera.

Miró en derredor.

--¿No anda solo?

--Ahora, sí.

--¿Qué se han hecho sus compañeros?

--Marcharon hacia el sur?

--¿Y usted?

Aquel ¿y usted? le servía para muchos usos; ¿y usted por qué no se fué?, ¿y usted quién es?, ¿y usted de dónde viene?, ¿y usted qué dice? Respondí, por intuición:

--No quiero ir al sur; mucha agua. No me interesan las minas.

Inclinó la cabeza y dijo:

--Sí, pero es lindo. ¿Cómo sabe que es lluvioso?

--Lo habré leído.

--Es cierto, llueve mucho. . . También he estado en Argentina.
Me enderecé.

--Volví hace dos años.

Estábamos sentados en la orilla sur del Aconcagua, cerca ya del mar. Las aguas, bajas allí, sonaban al arrastrarse sobre los guijarros. Recogió las tortugas, que avanzaban hacia el río.

--¿Y por qué ha dejado su casa? -- pregunté.

Me miró sorprendido.

--¿Y usted?

Me tocó a mí sorprenderme: era la misma pregunta hecha ya dos veces y que pude dejar sin respuesta. Ahora no podía evitarla:

--No tengo casa.

Pareció desconcertado.

--Pero tendrá familia.

--Sí. . .

--Y esa familia vivirá en alguna parte.

Callé. ¿Cómo decirle por qué no sabía nada de mis hermanos y de mi padre? Quizá se dió cuenta de mi confusión y no insistió. Habló:

--Mi madre ha muerto, es decir, creo que ha muerto; no la conocí y no sé nada de ella. En mi casa no hay ningún recuerdo de ella, un retrato, una carta, un tejido, cualquiera de esas cosas que dejan las madres y que las recuerdan. Y no es porque mi madrastra las haya destruído o guardado; no las hubo antes de que ella viniera a casa. Durante años vivimos solos con mi padre.

--¿Qué hace su padre?

Me miró, sorprendido de nuevo.

--¿Que qué hace?

--Sí, en qué trabaja.

--Es profesor.

La conversación no lograba tomar una marcha regular. Nos dábamos minuciosas miradas, examinando nuestros rostros, nuestras ropas, nuestros movimientos, como si por el examen de todo ello pudiéramos llegar a

individuo
saber algo de nuestras vidas, ~~y nuestra constitución~~ Hablaba correctamente, quizá más correctamente que yo y debía ser unos siete años mayor, años que representaban, sin duda, una gran porción de experiencia y de conocimientos. Cosa inverosímil: usaba lentes, y no lentes con varillas, de esos con los cuales uno puede correr, saltar, agacharse, pelear y hasta nadar, sino de esos que se sujetan a la nariz con unas pinzas que pellizcan apenas la piel. Un vagabundo con lentes resulta tan raro como uno con paraguas, y no me cabía duda ~~de~~ ^{de} que lo era: sus zapatos, aunque intáctos aún, estaban repletos de tierra; ¿cuántos kilómetros llevaba andados ese día? ~~x~~; unos calcetines color ratón le caían flojamente sobre los tobillos y los bajos del pantalón aparecían tan sucios como los zapatos. Su ropa era casi nueva, pero se veía abandonada, llena de polvo, como si su dueño no tuviera nada que hacer con ella. Su camisa, sin embargo, aunque no resplandeciente, estaba aún presentable y en ella una corbata negra, pelada y con algunas hilachas, iba para allá y para acá, buscando el desbocado cuello. Lo mejor habría sido declarar que era necesario interrogarnos por turno sobre todo aquello que queríamos saber, nuestro origen, por ejemplo, nuestro timbo, si alguno teníamos, nuestro destino, si es que sospechábamos cuál fuese y por qué, cuándo y cómo; pero no era fácil decidirse y no era fácil porque, en realidad, no sentíamos aún la necesidad de saber lo que concernía al otro. Estábamos en los primeros finteos y desconfiábamos: ¿y si resultaba que a la postre no teníamos interés el uno por el otro? ~~x~~ Podía suceder que yo llegara a parecerle ^{triste} ~~triste~~ o que él me ^{lo} pareciera ^{a mí} ~~triste~~, como también podía ocurrir que sus costumbres o sus movimientos me fuesen desagradables o que los míos le pareciesen extraños. Ya me había ^{suicidado} ~~pasado~~ - y quizá él también - encontrar individuos con los cuales no sólo es difícil congeniar sino que hasta conversar o estar parados juntos en alguna parte, individuos constituidos de un modo único, duros e impenetrables, por ejemplo, o blandos y porosos, como trozos de ubres de vacas, con los cuales, en muchos casos y engañados por las circunstancias, es uno abierto, comunicativo, y cuenta su vida o algo de ella, dice su chiste y ríe, para descubrir, al final, que no sólo ha perdido el tiempo hablando, sino que, ~~pero~~ aún, ha hecho el ridículo, hablando a ese

individuo de asuntos que a ese individuo le son indiferentes. Había en él, no obstante, algo con que se podía contar desde el principio: las tortugas, en primer lugar, y sus anteojos, después: un individuo con dos tortugas en su equipaje y un par de lentes sobre la nariz, no era alguien a quien se pudiera despreciar allí, a la orilla del Acóncagua: era preciso tomarlo en consideración. Son escasos los vagabundos con anteojos y sólo había conocido uno, un individuo que viajaba en compañía de un organillero y de un platillero con bombo, no en calidad de músico, que no lo era, sino de agregado comercial: cuando el organillero terminaba de girar la manivela y el platillero de tocar y brincar, el judío, pues lo era, polaco además, se adelantaba hacia el público y empezaba a hablar: tenía un rostro infantil, lleno de luz, mejillas sonrosadas y bigote rubio; una larga y dorada cabellera, que se escapaba por debajo de una mugrienta gorra daba a su ser un aire de iluminado. Unos ojos azulencos, de lejano y triste mirar, examinaban a la clientela desde detrás de unos redondos anteojos. Sus ademanes sobrios, casi finos, y su voz suave, impresionaban a la gente, haciéndola creer que aquel hombre hablaba de algo muy importante, tal vez, por su exótico aspecto, de una nueva revelación. Nadie entendía, en los primeros momentos, lo que decía: llevaba bajo el brazo un paquete de folletos y de allí extraía uno, que tendía hacia los circunstantes. ¿Estaba allí el Verbo? Algunos espectadores habría deseado tomarlo inmediatamente, pero como hasta ahora ningún elegido del Señor ha aparecido en el mundo en compañía de un organillero que toca "Parlame d'amere, Mariú" y de un timbalero que salta y lanza alaridos, se retenían, aguzando la inteligencia y el oído. A los pocos instantes, los que estaban más cerca y que oían, generalmente, los primeros en entender lo que aquel hombre hablaba, sentían como si una enorme mano les hiciera cosquillas en varias partes del cuerpo al mismo tiempo y se inclinaban o se echaban hacia atrás o hacia un lado, dominados por una irrefrenable risa: el iluminado de la gorra mugrienta vendía cancioneros y no hacía, al hablar, otra cosa que anunciarlos y ofrecerlos, pero con palabras tan desfiguradas, tan cambiadas de género y sonido que nadie podía oírlos sin largar la risa. La gente compraba cancioneros con la esperanza resultara tan gracioso como el vendedor, encontrándose con que no ocurría eso: no había en ellos otra cosa que

tangos y milongas con letras capaces de hacer sollozar a un antropófago. Entretanto, indiferentes a las ilusiones o desilusiones ajenas, el organillero, inclinado bajo el peso de su instrumento, el platillero con su bombo y su corona de campanillas, y el hombre del rostro iluminado con su paquete de folletos bajo el brazo y sus anteojos brillando sobre la naricilla rojiza, retomaban su camino, mudos como postes. No, un vagabundo con anteojos es una rara ave y allí están, además, las tortugas, deslizándose sin ruido sobre el pasto: nunca he visto a nadie, ni oído hablar de nadie, que viaje a pié llevando un animal cualquiera, un perro, por ejemplo, o un gato, que exigen atenciones y cuidados especiales y que además muerden, rasguñan, destrozan, ladran, maullan, roban, hacen el amor, se reproducen, desaparecen, aparecen. Por otra parte, todos los animales domésticos son sedentarios— de otro modo no serían ni lo uno ni lo otro— y nadie ha visto nunca a un viajero que recorra al mundo en compañía de una gallina o de una vaca. Odiaba a esos individuos que viven en los alrededores de las ciudades, en terrenos eriazos, bajo armazones de latas y de sacos, rodeados de gatos, perros y pulgas; me parecían hombre sordidos, sin atmósfera propia o con una de perros y gatos, seres alumbrados por una imaginación tan oscura como sus pocilgas y que no encuentran nada más interesante que imitar a otros hombres sus casas, sus comodidades, rodeándose para ello de animales repelentes, gatos enfermos, perros sarnosos; muchos se creen dueños de los terrenos en que viven y ahuyentan a los niños que van a jugar sobre el pasto, cerca de sus pestosos ranchos; prefería los vagabundos sin casa. Pero estas son tortugas pequeñas, torpes y graciosas al mismo tiempo, color tierra; caben las dos en una mano y se desplazan como terrones sobre el húmedo pasto fluvial. Le dan prestancia, originalidad, distinción. ¿Por qué las lleva? No podrá comérselas en caso de necesidad ni le servirán de guardaespaldas o de cómplices en ninguna pilatunada. Su ventaja es su pequeñez.

No era, pues, un ser vulgar, uno de esos, tan comunes en todas las clases sociales, que repelen a sus semejantes como puede repeler un perro muerto. Algo brotaba de él, clara y tranquilamente. Sus ojos, como los del vendedor de cancioneros, eran también de poco brillo, aunque no azulencos sino oscuros,

castaños quizá, de pequeño tamaño y cortas y tiesas pestañas, ojos de miopía. Pero, sin duda, le tocaba a él preguntar:

— ¿No tiene dinero ?

— No. ¿ Para qué ?

Señaló mis zapatos:

— Con esas chancletas no llegaré muy lejos.

Era cierto, aunque ya ni chancletas pudiera llamárseles. Un trozo de alambre, tomado de la jeta de la puntera y unido al cerquillo, impedía la desintegración total.

— Es cierto; pero todo lo que tengo son veinte centavos argentinos. Aquí están.

Era el capital con que entraba al país. Examinó la moneda y la dejó sobre el pasto, donde quedó brillando: una cabeza de mujer y un gorro frigio: sean eternos los laureles...

— Tengo ropa, que puedo vender.

— No la venda; le hará falta.

— ¿ Qué hago, entonces ?

— Llevo unas alpargatas en mi mochila; se las prestaré.

— Me quedarán chicas.

— Les cortaremos lo que moleste; lo esencial es no pisar ^{en} el suelo desnudo, sino sobre algo. Cuénteme ahora para dónde va; pero no me cuente sino lo que quiera. Lo demás, guárdelo.

agua, padre del río, lleva el nombre de padre

MI vida era breve. VI

Lo demás, guárdelo.

Lo demás era todo.

Miro hacia el norte. El cauce del río es allí ancho, pero su caudal no es copioso y está, además, dividido en brazos que aparecen aquí y allá, entre los matorrales, buscando niveles más bajos o terrenos más blancos, adelgazándose o engruesando, según la suerte que les toca, pues ocurre que tan pronto es aquél despojado íntegramente de sus aguas por un canal, como éste aumentado por el caudal de uno más pequeño que habiendo hallado dificultades en su marcha, terrenos duros, por ejemplo, o lechos con guijarros muy gordos, renuncia a sus ambiciones de independencia y se une con el primero que encuentra; y hay algunos que luchan durante un gran trecho con las piedras que los areneros dejan amontonadas en uno y otro lado o que el mismo río, en épocas de crecida, al arremeter contra todo, acumula, y se oye al agua deslizarse prolijamente, como contando las piedras, hasta alcanzar un remanso donde parece descansar, para luego seguir, silenciosa. La orilla contraria muestra hileras o grupos de árboles, sauces y álamos, principalmente; hay un corte a pique, de poca altura, luego un trozo plano, breve, y en seguida el terreno empieza a subir hacia las colinas marítimas, amarillando algunas de rastros de trigo o cebada y todas mostrando graciosos grupos de arbolillos, espinos, maitenes, boldos, que aparecen sobre ellas como amigos o como viejas que conversaran allí sobre la dura vida y las terribles enfermedades de la infancia, de la adolescencia, de la edad madura y de la vejez. Mirando hacia el oeste, ocurre que no se ve nada. ¿Puede el río correr allí a su gusto, libre de altas orillas, de vegas, de matorrales, de guijarros, de canales de riego o industriales que lo despojan, lo achican, para después volver a llenarlo? No: el río muere allí. Hay algo como una neblina hacia el oeste y detrás de ese algo como neblina está el mar. Hacia el este se alza la muralla de la cordillera; relámpagos de hielos quizá tan viejos como el mar, cumbres violentas,

cagua, padre del río, llena el horizonte hacia el este.

Mi vida era breve. Había pasado malos ratos, pero me pareció natural pasarlos: eran quizá una contribución que cada cierto tiempo era necesario pagar a alguien, desconocido aunque exigente, y no era justo que uno solo, mi padre, pagara siempre por todos. Los cuatro hermanos estábamos ya crecidos y debíamos empezar a aportar nuestras cuotas, y como no podíamos dar lo que otros dan, trabajo o dinero, dimos lo único que en ese tiempo, y como hijos de ladrón, teníamos: libertad y lágrimas. Siempre me gustó el pan untado con mantequilla y espolvoreado de azúcar y aquella tarde, al regresar del colegio, me dispuse a comer un trozo y a beber un vaso de leche. En ello estaba cuando sonaron en la puerta de calle tres fuertes golpes. Mi madre, que cosía al lado mío, levantó la cabeza y me miró: los golpes eran absurdos; en la puerta, a la vista de todos, estaba el botón del timbre. El que llamaba no era, pues, de la casa y quería hacerse oír inequívocamente. ¿Quién podría ser? Mis hermanos llegaban un poco más tarde y, por otro lado, podía encontrar a ojos cerrados el botón del timbre; en cuanto a mi padre, no sólo no golpeaba la puerta ni tocaba el timbre; ni siquiera le oíamos entrar: aparecía de pronto, como surgiendo de la noche o del aire, mágicamente. Sus hijos recordaríamos toda la vida aquella noche en que apareció ante la puerta del comedor en los momentos en que terminábamos una silenciosa comida; hacía algún tiempo que no le veíamos -- quizá estaba preso -- y cuando le vimos surgir y advertimos la larga y ya encanecida barba que traía, como si nos hubiéramos puesto de acuerdo, rompimos a llorar, tal vez de alegría, quizá de miedo. . . Mi madre, sin embargo, parecía saberlo, pues me dijo, levantándose:

--Bébetelo pronto esa leche.

La bebí de un sorbo y me metí en la boca, en seguida, casi la mitad del pan. Me sentí azorado, con el presentimiento de que iba a ocurrir algo desconocido para mí. Mi madre guardó el hilo, la aguja, el dedal y la ropa que zurcía; miró los muebles del comedor, como para cerciorarse de que estaban limpios o en orden y se arregló el delantal; me miró

a mí también, pero con una mirada diferente a la anterior, una mirada que parecía prepararme para lo que luego ocurrió. Estaba dándole fin al pan y nunca me pareció más sabroso: la mantequilla era suave y el azúcar que brillaba sobre ella me proporcionó una deliciosa sensación al recogerla con la lengua, apresuradamente, de las comisuras de los labios. Cuando mi madre salió al patio la puerta retumbó bajo tres nuevos, más fuertes y más precipitados golpes y después del último— sin duda eran dos o más las personas que esperaban— sonó el repiqueteo de la campanilla, un repiqueteo largo, sin intervalo; el que llamaba estaba próximo a echar abajo la puerta. Concluí de comer el pan, recogí el vaso y su platillo, que puse sobre el aparador y di un manotón a las migas que quedaban sobre la mesa. Entre uno y otro movimiento oí que mi madre abría la puerta y que una voz de hombre, dura y sin cortesía, casi tajante, decía algo como una pregunta; la voz de mi madre, al responder, resultó increíblemente tierna, casi llorosa; la frase que pronunció en seguida el hombre pareció quemar el delicado brote. Hubo un breve diálogo, la puerta sonó como si la empujaran con brusquedad y un paso de hombre avanzó por el corredor de baldosas. Yo escuchaba. La distancia desde la puerta de balle hasta la del comedor era de quince pasos, quince pasos contados innumerables veces al recorrer la distancia en diversas formas: caminando hacia delante o hacia atrás, de este lado y con los ojos abiertos o de este otro y con los ojos cerrados, sin hallar nunca una mayor o menor diferencia. De tras de los pasos del hombre sonaron, precipitados, los de mi madre: para ella, baja de estatura como era, los pasos eran dieciocho y diecinueve... Cuando el desconocido— pues no me cabía duda alguna de que lo era— apareció frente a la puerta del comedor, yo, todavía relamiéndome, estaba de pie detrás de la mesa, los ojos fijos en el preciso punto que iba a surgir; no se me ocurrió sentarme o moverme del lugar en que estaba en el instante en que di el manotón a las migas, o, quizá, el diálogo o los pasos me impidieron hacerlo. El hombre llegó, se detuvo en aquel punto y miró hacia el interior: allí estaba yo, con mis doce años, de pie, sin saber qué cara poner a su mirada, que pareció medir mi estatura, apreciar mi corpulencia, estimar mi desarrollo muscular y adivinar mis intenciones. Era un hombre alto, erguido, desenvuelto; entró, dió una mirada a su alrededor y vió, sin duda, todo, los muebles, las puertas,

el bolsón con mis cuadernos sobre una silla, las copas, los colores y las líneas de los papeles murales, quizá si hasta las migas, y se acercó a mí:

— ¿Cómo te llamas ?

Hice un esfuerzo y dije mi nombre. La voz de mi madre, más entonada ahora, irrumpió:

— El niño no sabe nada; ya le he dicho que Aniceto no está en casa.

Otros dos hombres aparecieron en la puerta y uno de ellos, al girar, mostró una espalda como de madera.

— ¿ Dónde está tu padre ?

Mi madre se acercó, y el hombre, después de mirarla, pareció reaccionar; su voz bajó de tono:

— Me doy cuenta de todo y no quiero molestarla, señora, pero necesito saber dónde está el Gallego.

La voz de mi madre tornó a hacerse tierna, como si quisiese persuadir, por medio de su ternura, a aquél hombre:

— Ya le he dicho que no se dónde está; desde ayer no viene a casa.

Si había algo que yo, en esos tiempos, quería saber siempre, era el punto en que mi padre, en cualquier momento, pudiera encontrarse.

— ¿ Para dónde vas ?

— Para el norte; tal vez llegue hasta Brasil o Perú.

— ¿ Por dónde ?

— A Rosario, y después.... río arriba.

Marcaba su camino en los mapas de mis textos de estudio y procuraba adivinar el punto que mencionaría en su próxima carta; venían nombres de pueblos, de ríos, de oscuros lugares, selvas, montañas; después, sin aviso previo, las cartas empezaban a llegar desde otro país y entonces me sentía como perdido y sentía que él también estaba un poco perdido para nosotros y quizá para él mismo. Caminaba, con sus silenciosos y seguros pasos, las orillas de los ríos del noreste argentino, las ciudades de las altas mesetas bolivianas y peruanas, los húmedos pueblos de la costa tropical del pacífico oriental, los lluviosos del sur de Chile: Concordia, Tarija, Paso de los Libres, Arequipa, Bariloche, Temuco, eran, en ciertos momentos, familiares para nosotros.

— Aquí está.

Iba hacia el norte, giraba hacia el este, tornaba al sur, sus pasos seguían el sol o entraban en la noche; de pronto desaparecería o de pronto regresaba. Aquella vez, sin embargo, a pesar de haberle visto la noche anterior, ignoraba su paradero:

— No sé.

Uno de los policías intervino:

— ¿ Lo buscamos en la casa ?

El hombre rechazó la sugestión:

— No, si estuviese habría salido.

Hubo un momento de indecisión; mi madre, con las manos juntas sobre su vientre y debajo del delantal, miraba el suelo, esperando; el hombre de la voz tajante pensaba, vacilando, sin duda, sobre qué medida tomar; los otros dos policías, sin responsabilidad, de pie aún en el patio, miraban, con aire ^{de} aburrimento muscular, los racimos de uva que pendían del parrón. Yo miraba a todos. El hombre se decidió:

— Lo siento, pero es necesario que me acompañe.

— ¿ A dónde ? - interrogó mi madre. Su voz, inesperadamente, se hizo dura.

— Al Departamento de Policía.

— Pero, ¿ por qué ?

— Es necesario.

— Mi madre calló; preguntó, después:

— ¿ Y el niño ?

El hombre me miró y miró de nuevo el bolsón de mis libros. Dudó un instante; su mente, al parecer, no veía claramente el asunto, pero, como hombre cuya profesión está basada en el cumplimiento del deber a pesar de todo, optó por lo peor:

— El niño también.

— ¿ Por qué el niño ?

Nuevamente vaciló el hombre: el deber lo impulsaba, sin dirigirlo; por fin como quien se desprende de algo molesto, dijo:

— Tiene que ir; estaba aquí.

Después de vestirse mi madre y de hablar con una vecina, encargándole la casa, salimos a la calle. No fuimos, sin embargo, al Departamento de Policía: el resto de esa tarde y la para nosotros larga noche que siguió, permanecimos sentados en los bancos de una comisaría: allí nos bajaron, sin explicaciones previas, los tres policías, que desaparecieron. Mi madre no habló casi nada durante esas doce o catorce horas, excepto al pedir a un gendarme que nos comprara algo de comida: no lloró, no suspiró. Por mi parte, la imité; mientras estuviera al lado de ella me era indiferente que hablara o enmudeciera; lo importante era que estuviese. A las siete u ocho de la mañana, con el cuerpo duro, nos sacaron de allí: ella debía ir al Departamento de Policía, pero a la sección de mujeres; a mí se me consideraba ya hombre y debía ir a la sección correspondiente; tampoco habló nada al bajar del carro policial, frente al Departamento, donde nos separaron, yéndose ella en compañía de un agente y siguiendo yo a otro. ¿qué podía decirme? Su corazón, sin duda, estaba atribulado, pero cualquier frase, aun la más indiferente, habría empeorado las cosas; por otra parte, ¿cómo decir nada, allí, delante de los policías?

Al entrar al calabozo común, empujado por la mano de un gendarme, ví que los detenidos me miraban con extraordinaria curiosidad: no era, aquel, sitio adecuado para un niño de doce años, de pantalón corto aún, vestido con cierta limpieza y de aspecto tímido. ¿quién era y qué delito podía haber cometido? A un Departamento de Policía no se entra así como así: es lugar destinado a individuos que han cometido, que se supone han cometido o que se les atribuye haber cometido un hecho punible; llegar por una contravención municipal, por haber roto un vidrio o por haberse colgado de un tranvía, es trastornar todo el complicado aparato jurídico. Debía ser, dada mi edad, un raterillo, aunque un raterillo extraordinario. Pero si ellos no sabían quién era yo, yo, por mi parte, no podía decirlo; apenas entrado en el calabozo sentí que toda mi entereza, todo el valor que hasta ese momento me acompañara, y que no era más que el reflejo de la presencia de mi madre, se derrumbaba. Busqué a mi alrededor dónde sentarme y no ví otro asiento que los tres escalones de ladrillo que acababa de pisar para llegar hasta el piso del calabozo, en desnivel con el patio; allí me senté, incliné la cabeza, y mientras buscaba, a prisa, un pañuelo en mis bolsillos, lancé un espantoso sollozo que fué seguido de un to-

rente de lágrimas. Los presos que se paseaban se detuvieron y los que hablaban, callaron. Ignoro cuánto tiempo sollozé y lloré. Una vez que hube llorado bastante, apadiguado mis nervios, secado mis ojos y sonado mis narices, sentí que me invadía una sensación de vergüenza y miré a mi alrededor: un hombre estaba frente a mí, un hombre que no sentí acercarse - usaba alpargatas - y que, a dos pasos de distancia, esperaba que terminara de llorar para hablarme. Sonreía, como disculpándose o como queriendo ganar mi confianza y me dijo, acercándose más, y poniéndose en cuclillas ante mí:

-- ¿Por qué lo traen?

Su voz resultó tan bondadosa que casi rompí a llorar de nuevo. Me retuve, sin embargo, y, como no supe qué contestar, me encogí de hombros:

-- ¿Viene con proceso?

No sabía que significaba aquello y callé. El hombre, era poco más que un mocetón, se turbó y miró a los demás presos, pidiendo ayuda. Un individuo entrado ya en la vejez, bajo y calvo, derrotado de ropa, la barba crecida y la cara como encia, se acercó. Los demás presos esperaron:

-- ¿Por qué está preso? ¿qué ha hecho?

Su voz era menos suave que la del joven, aunque más directa y urgente.

¿Por curiosidad o simpatía? Contestó:

-- No he hecho nada.

-- ¿Por qué lo han traído, entonces?

-- Buscaban a mi padre; no estaba y nos trajeron a nosotros.

-- ¿Quién más?

-- Mi madre.

-- ¿Quién es su padre?

-- Aniceto Nevia.

-- ¿El Gallego? -- preguntó el joven.

Asentí, un poco avergonzado del apodo en la intimidad mi madre lo llamaba así y era para nosotros un nombre familiar. Allí resultaba tener otro sentido y casi otro sonido. Los hombres se miraron entre sí y el viejo habló de nuevo, siempre urgente, como si no hubiera tiempo que perder:

-- Pero usted no ha hecho nada...

-- Nada -- dije, encogiéndome de hombros, extrañado de la insistencia.